

Los Libros

NIETZSCHE DIONISIÁCO Y ASCETA, de don *Enrique Molina*.
(Editorial Nascimento)

De nuestros pensadores es sin duda don Enrique Molina uno de los que han sabido conducir a mayor altura el ideal de una vida templada en los climas opuestos de la acción y la contemplación.

Ha publicado una veintena de libros y— por lo menos en los que le conozco—he podido constatar que la riqueza policroma de su contenido no es sino la reverberación de una personalidad multiforme en su constancia, personalidad enamorada del transporte que lleva a los insulares predios del concepto a la vez que al tumulto y al vértice de la conducta que esfuerza el viraje hacia las cosas, empujándolas hasta su cumplido suceder.

El mismo módulo, idéntico estilo en este nuevo libro. Su autor es en primer término el maestro de la cordura, el podador del equilibrio que penetra en las viñas violentas del filósofo de Roecken. Viñas ubérrimas y en evidente sazón, pero golpeadas por vientos de vesanía y mordidas con vehemente calor por el sol rojo de un pensamiento en ebrio derrumbe hacia el ocaso.

Viaje amable y provechoso en torno a la obra y a la vida de Nietzsche. Libro escrito en total madurez y con la simpatía que un hombre de contextura recia debe mirar el océano nutricional y peligroso, suave y enérgico, idéntico y cambiante, donde

sus músculos han de ponerse a prueba y de donde ha de salir limpio y ágil como del propio corazón.

Sin que ello vaya en su desmedro, pero en su elogio, semeja haber sido escrito en especial para los profanos: labor de cuyos cabo y cima sólo responden aptitudes de maestro, ya que el ejercicio de la filosofía lo es de selección y ha llegado en lo actual a un desarrollo que exige el despliegue de un tecnicismo difícil y poco menos que inaccesible para quienes no dispongan de capacidad y conocimientos especiales.

Diáfano dinamismo alienta como un pulso a través de toda la obra, ramificándose de tal manera que las especulaciones de orden estimativo, metafísico o social van desarrollándose oportuna y discretamente al hilo de la historia de la época y de la vida del filósofo. Secreto para constituir una bien trabada estructura con el mayor número de felices asociaciones. Sólo así podía encimarse una comisión de trascendencia incalculable, cual es desmontar para los tímidos que miran la obra del filósofo-poeta con el recelo que a una bomba de tiempo, de nazi virtualidad, de abominable preñez...

De la exposición crítica de don Enrique, Nietzsche emerge redimido de los delitos de lesa moral, de lesa socialismo y de lesa intelectualismo con que se le ha venido estigmatizando sistemáticamente: el inventor del Superhombre es en el fondo una «buena persona», como lo es el terrible Don Juan en opinión de quienes lo han estudiado con más solvente acuidad. Bien es cierto que para aquellos que no disfrutan de la cara posesión de sí mismos, el comercio con Nietzsche (genial megalómano paranoico, a juicio de Brinton) deberá siempre efectuarse en dosis homeopáticas. Pero esto no sólo ocurre con Nietzsche, sino también con Heráclito o Platón, con Jesucristo o el Marqués de Sade, escritor este último que en libros como «Filosofía en el Tocador» y otros de no menos estridente inmoralidad semeja haber dado la pauta para la decantada en extremo «Transmutación de los Valores».

«Nietzsche dionisiaco y asceta» es la paradoja que cifra a un profesional de un género herido, único en que es posible la inmóvil sugestión del instante: la paradoja es el escándalo a que se llega cuando, según Kierkegaard, el pensamiento persigue el supremo objetivo: pensar aquello que no puede ser pensado.

El lenguaje de Nietzsche se asimila con mucho al de los Evangelios, y es evidente que al conjuro de los fogosos corceles de Zarathustra se levanta el mismo polvo de ceniza que cegaba la garganta de Job, y el mismo polvo térreo que enciende las venas con renunciamiento y apetitos, con látigazo y júbilo en las páginas del Ecclesiastés.

Con todo y con haber pretendido Nietzsche ser anti-cristiano, su Así hablaba Zarathustra es una hoguera bíblica donde la carne ardorosa difluye en vahos de profecía. Una vez más tiene que recordarse aquello de que «el camino que baja y el que sube es uno y el mismo». Y también aquello de la ambivalencia sentimental, que nos pone sádicos y agresivos frente al objeto amado en rigor con tímida tenaz dulcedumbre. El pensamiento de Nietzsche oscila violentamente entre los extremos abisales de su bonhomía y la estridencia de su agresividad. Es, en el fondo, un desesperado que tiene a la vez el miedo y el amor de sí mismo, un hombre a quien remuerde con dolorosas intermitencias el pecado de haber intuído a Dios...

Nietzsche es más dionisiaco que asceta si se atiende al vario discurrir de su pluma, pero es infinitamente más asceta que dionisiaco en cuanto hombre de carne y hueso, hombre agónico, viviente y muriente enamorado del fervor cotidiano en el remanso de la costumbre quieta.

Sí. Hay esenciales contradicciones entre lo que quiere y lo que puede ser. Pero aun las hay entre las formas de vida propuestas como ideal: ahí tenemos la voluntad de poder y el «amor fati», su mistagogía o esoterismo heraclíteo y su frenesí racionalista, su germanofobia y su pangermanismo, su radical

aristocratismo y la plebeyización en torno al Superhombre egregio, para no mencionar sino las más acusadas.

¿Y qué decir respecto a las ideas fundamentales de su Ontología? ¿Cómo se compadecen la concepción del «eterno retorno»—inspirada en el célebre filósofo del devenir—y la de una Humanidad progrediente, flechera de anhelos? ¿Y aquella su tan grosera confusión entre el ser y el deber ser que lo impulsa a otorgar a la voluntad de poderío el primado axiológico, por haber tenido que reconocérselo en el plano ontológico, cual su inspirador de Efeso y su inspirado Alfredo Andler?

El mérito de este nuevo libro de don Enrique—apartes su claridad y la copiosa información de que hace gala notoria—reside en haber convivido severa y humanamente, por largo espacio con la esencia y las aspiraciones últimas e inmediatas del filósofo alemán. Su palabra me ha parecido en todo momento ponderada, ecuaníme, como conviene al que juzga; pero no desprovista de calor y austera elegancia, como conviene al que gusta.

Si no fuera por uno que otro juicio de valor sobre la obra de Nietzsche en que tengo la osadía de disentir con el Rector de la Universidad de Concepción, la tendría sin duda para sugerir como broche de este libro ese arrogante que comienza: «Aquí te quedarás peñola mía, etc.». Porque, en verdad, este libro gravita macicez, sin que exista ni remoto el peligro de que ella sirva para ejercitar los brazos, sino el intelecto, como habría dicho otro maestro de Nietzsche: Baltasar Gracián.

Me permito observar uno de esos juicios cuya trascendencia la considero peligrosa. Don Enrique niega a Nietzsche la calidad de filósofo. Le reserva—en cambio—las de «gran libelista, inmenso poeta y maestro del estilo». El primer dictado no puede enorgullecer a nadie; en cuanto a los otros dos, tienen precisión matemática referidos a Platón y a Bergson tanto como a Nietzsche, filósofos que al igual de este último, son a la vez poetas. Del mismo modo, no creo que deba negarse

la evidente calidad de filósofos ni a Descartes, Leibniz, Pascal o Kant por haber sobresalido en Matemáticas, ni a Aristóteles o Bacon por haberlo hecho en Ciencias Naturales o Físicas.

En mi opinión—que me sé modestísima e inoperante—el filósofo es una flecha de talento que atraviesa el cielo de la cultura suscitando una conmoción conceptual difluente en miríadas. Es obvio que en torno a ese tránsito se anillen los pensamientos como colliars, como lágrimas, como sidéreo temblor. Así ocurre con el estilo de los filósofos de acendrada capacidad metafísica. Uno de ellos, Bergson, considera que la metáfora es el discurso de la intuición y ésta el conocimiento de lo absoluto: de ello se desprende que la única suerte de metafísica posible es la poesía. El talento es capacidad creadora, capacidad poética: en posesión de ésta se requiere a mi juicio la capacidad evaluadora crítica o de inteligencia, y entonces ya puede uno ser filósofo, la profesión más elevada y humilde a la vez, puesto que siendo uno «aspirante a la sabiduría» trata de alcanzarlo absoluto; profesión que requiere la mayor musculatura mental, trágica y heroica profesión en que como el argumento del «sorites» resulta (es el caso de Nietzsche) imposible casi discriminar la locura del genio.

En estos predicados, Nietzsche no es sólo un filósofo: es uno de los más grandes filósofos que han existido. Como la metafísica es disciplina de la trascendencia,—disciplina problemática o aporética en lenguaje de Hartmann—sus cultores quedan caracterizados por la peculiaridad de sus ensayos: que pueden constituir un sistema o varios o simplemente pergeños de sistemas. Pensemos en que se trata de encontrar y explotar la única veta posible, la veta de ley absoluta: unos siguen el método de la verticalización inmediata, otros el de la verticalización sucesiva. De este modo, parodiando a Ortega y Gasset, lo absoluto suele revestirse de nombres dispares, suele ser «Isis miriónima». Esto, si se comparan las doctrinas de varios filósofos o las varias doctrinas de un filósofo entre sí; Nietzsche se en-

cuentra en el último caso, y no es poco mérito el de don Enrique Molina el haber elevado esta circunstancia a tan nítido relieve. Pero también se encuentran otros «grandes» filósofos en el caso de Nietzsche: los presocráticos, y en especial Heráclito; Platón mismo y hasta Aristóteles. Y me sospecho—esta vez con osadía ya ilímite—que si extremamos el rigorismo no van a quedar en pie desde el punto de vista de la tersura de la doctrina y de su irredargüible verticalidad ni los más «humildes» filósofos, porque el pensamiento es pendular y gravita en el trágico vacío de la contradicción...

Los filósofos están de acuerdo en que su profesión estriba en hacer que los problemas se pongan de pie exhibiendo el máximo de su estatura. En este oficio, nadie aventaja en rumbosidad a Nietzsche. Como si ello fuera poco, abro la Génesis de la Moral y leo una de las concepciones más apreciables de los últimos tiempos respecto al papel que compete desempeñar especialmente a la filosofía. Héla aquí: *Todas las ciencias han de preparar al filósofo su tarea, que reside en resolver el problema de la evaluación, determinando la jerarquía de los valores.*

Esta sentencia y su doctrina toda de «transmutación de valores» han hecho posible el estupendo y fructífero desarrollo de la Estimativa actual. Las inquietudes y los frutos de las inquietudes suscitados por Nietzsche son incalculables, y no son los menos los que se derivan de sus errores. La pasión, el énfasis que se ponen en una doctrina, tienen para mí significado sustantivo y creo que mi aserto se verifica excepcionalmente en esta oportunidad.

Pero el primero en darme la razón es, en el fondo, nada menos que don Enrique Molina mismo: cuando no concurrieran todos estos antecedentes y los que me callo para probar, la hasta aquí no puesta en duda calidad de filósofo de Federico Nietzsche, el estudio profundo, acucioso, certero y amable denominado «Nietzsche Dionisiaco y Asceta» bastarían para probarlo.

Lo que pasa—en definitiva—es que en la fauna austera de los filósofos hay una familia atormentada como ninguna otra; una familia en cuyas pupilas espejean los tormentos del báratro, familia que se retuerce en el asador del pensamiento como el santo aquel evocado por Unamuno en la *Agonía del Cristianismo*: es la familia de los «existencialistas» que iniciándose con Soren Kierkegaard (Kierkegaard significa «cementerio») culmina en lo actual con uno de los pensadores más violentos y macizos de que se tengan noticias; Martín Heidegger. A esta familia pertenece Nietzsche, y no es uno de sus más insignificantes miembros.

Dejo de mano estas consideraciones, no sin antes recalcar que ellas tienen una alta finalidad positiva, ya que enderezadas a disuadir de una sentencia tienden a exaltar un libro, al cual deben ser necesariamente sacrificadas.

Con este libro, don Enrique hace valiosa y bella ofrenda a la juventud.

Demuestra cómo el talento creador de un hombre es responsable de su influencia; demuestra cómo a una concepción esteticista debe preferirse una moralista; y demuestra sobre todo hasta qué punto son capaces los payasos de contrahacer con su poder mínimo exuberante las actitudes exteriores de los protagonistas, hasta qué punto son capaces de enajenar a la masa con la insolencia de sus oropeles, funámbulos que caminan por una cuerda tensa entre la brutalidad y la muerte, ebrios de vacuidad y con el destino cierto reservado a toda insensatez...—MARIO OSSES.

PEDRO PABLO RUBENS, por *Antonio R. Romera*.
Editorial Poseidón. Buenos Aires

El dibujante y escritor español Antonio R. Romera firma el reciente volumen publicado por la Editorial Poseidón, en su Biblioteca Argentina de Arte.